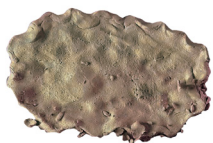




EL TIEMPO ESTÁ JEROZ (Actos de fe)



EL TIEMPO ESTÁ JEROZ
(Actos de fe)



Tomado del libro
Ahora comité invisible
[pepitas ed.]

EL MAÑANA
QUEDA ANULADO

Todas las razones para hacer una revolución están ahí. No falta ninguna. El naufragio de la política, la arrogancia de los poderosos, el reinado de lo falso, la vulgaridad de los ricos, los cataclismos de la industria, la miseria galopante, la explotación desnuda, el apocalipsis ecológico... no se nos priva de nada, ni siquiera de estar informados de ello. «Clima: 2016 bate un récord de calor», titula Le Monde ahora ya como casi todos los años. Todas las razones están reunidas, pero no son las razones las que hacen las revoluciones; son los cuerpos. Y los cuerpos están delante de las pantallas.

Podemos contemplar como se va a pique una campaña presidencial. La transformación del «momento más importante de la vida política francesa» en una gran caseta de tiro solo hace que la telenovela sea más cautivadora. No nos imaginábamos Supervivientes con tales personajes, giros tan vertiginosos, pruebas tan crueles ni una humillación tan generalizada. El espectáculo de la política subsiste como espectáculo de su descomposición. La incredulidad va bien con este inmundo panorama. El Frente Nacional, esa negación politiquera de la política, esa negación de la polí-

tica en el terreno de la política, ocupa lógicamente el «centro» de este tablero de ruinas humeantes. La humanidad asiste hechizada a su naufragio como a un espectáculo del más alto nivel. Está tan apresada que ni siquiera siente que el agua ya le cubre las piernas. Al final transformará todo en salvavidas. Es el destino de los naufragos transformar en salvavidas todo lo que tocan.

No se trata de que este mundo siga siendo comentado, criticado, denunciado. Vivimos rodeados de una niebla de comentarios y de comentarios sobre comentarios, de críticas y de críticas de críticas, de revelaciones que no desencadenan nada, salvo revelaciones sobre las revelaciones. Esta niebla nos despoja de todo asidero en el mundo. No hay nada que criticar en Donald Trump. Lo peor que se pueda decir de él ya lo ha absorbido, incorporado. Lo encarna. Luce en la pechera todas las quejas que uno haya pensado poder hacerle. Es su propia caricatura y está orgulloso de ello. Hasta los creadores de South Park tiran la toalla: «Es muy complicado, ahora que la sátira se ha convertido en realidad. De verdad que intentamos reírnos de lo que estaba pasando, pero no conseguíamos mantener el ritmo. Lo que pasaba era mucho más gracioso que todo lo que pudiéramos imaginar. Así que decidimos olvidarnos del asunto, dejar que representasen su comedia, que nosotros haremos la nuestra». Vivimos en un mundo que se ha establecido más allá de toda justificación. Aquí la crítica ya no puede

hacer nada, no más que la sátira. Quedan sin efecto. Ceñirse a la denuncia de las discriminaciones, las opresiones, las injusticias, y esperar recoger los frutos, es equivocarse de época. Los izquierdistas que creen que todavía se puede sublevar algo accionando la palanca de la mala conciencia se equivocan burdamente. Ya pueden ir a rascarse en público sus costras y hacer oír sus lamentos, creyendo despertar simpatías, que no suscitarán más que el desprecio y el deseo de destruirlos. «Víctima» se ha convertido en un insulto en todos los rincones del mundo.

Hay un uso social del lenguaje. Ya nadie cree en él. Su cotización ha caído a cero. De ahí esa burbuja inflacionista del parloteo mundial. Todo lo que es social es mentiroso, ahora todo el mundo lo sabe. Ya no son solo los gobernantes, los publicitarios y las personalidades públicas los que «hacen comunicación», son cada uno de los empresarios de sí mismos en los que pretende convertirnos esta sociedad los que no cesan de practicar el arte de las «relaciones públicas». Convertido en instrumento de comunicación, el lenguaje ya no es él mismo una realidad, sino una herramienta que sirve para operar sobre lo real, para obtener efectos en función de estrategias diversamente conscientes. Las palabras ya no se ponen en circulación más que para travestir las cosas. Todo navega bajo pabellones falsos. La usurpación se ha vuelto universal. No se recula ante ninguna paradoja. El estado de emergencia

es el estado de derecho. Se hace la guerra en nombre de la paz. Los patrones «ofrecen empleos». Las cámaras de vigilancia son «dispositivos de video protección». Los verdugos se lamentan porque los persiguen. Los traidores proclaman su sinceridad y su fidelidad. Por todos lados se cita a los mediocres como ejemplo. De un lado está la práctica real y del otro el discurso, que es su implacable contrapunto, la perversión de todos los conceptos, el engaño universal para uno mismo y para los demás. En cualquier parte, no es sino cuestión de preservar o extender los intereses. A cambio, el mundo se puebla de silenciosos. Algunos de ellos explotan en actos locos en fechas cada vez más cercanas. ¿Quién puede sorprenderse de ello? No digáis ya: «Los jóvenes ya no creen en nada». Decid: digáis ya: «Los Jóvenes ya no creen en nada». Decid: «¡Mierda! Ya no se tragan nuestras mentiras». No digáis ya: «Los jóvenes son nihilistas». Decid: «¡Carajo! Si esto sigue, van a sobrevivir al hundimiento de nuestro mundo».

La cotización del lenguaje ha caído a cero, y no obstante nosotros escribimos. Es porque hay otro uso del lenguaje. Se puede hablar de la vida y se puede hablar desde la vida. Se puede hablar de los conflictos y se puede hablar desde el conflicto. No es la misma lengua ni el mismo estilo. Tampoco es la misma idea de la verdad. Hay un «coraje de la verdad» que consiste en refugiarse detrás de la neutralidad objetiva de los «hechos». Hay otra que considera

que una palabra que no compromete a nada, que no vale en cuanto tal, que no arriesga su posición, que no cuesta nada, no vale gran cosa. Toda la crítica del capitalismo financiero palidece ante la visión del escaparate de un banco hecho pedazos y emborronado con la pintada: «¡Toma comisiones.». No es por ignorancia por lo que los «jóvenes» parodian los punchlines de los raperos en sus eslóganes políticos en vez de las máximas de los filósofos. Y es por decencia por lo que no repiten los «¡No nos rendimos.» que los militantes gritan a voz en cuello en el mismo momento en que presentan su rendición. Es que los unos hablan del mundo, mientras que los otros hablan desde un mundo.

La verdadera mentira no es aquella que se cuenta a los otros, sino la que se cuenta uno a sí mismo. La primera, en comparación con la otra, es relativamente excepcional. La mentira es negarse a ver ciertas cosas que uno ve, y negarse a verlas como uno las ve. La verdadera mentira son todas las pantallas, todas las imágenes, todas las explicaciones que uno deja pasar entre sí mismo y el mundo. Es la forma en que pisoteamos cotidianamente nuestras propias percepciones. De modo que mientras no se trate de la verdad, no se tratará de nada. No habrá nada. Nada más que este manicomio planetario. La verdad no es algo hacia lo que habría que dirigirse, sino una relación sin rodeos con lo que está ahí. No es un «problema» más que para aquellos que ya ven la vida como un problema. No es algo

que uno profese, sino una manera de estar en el mundo. Así pues, ni se posee ni se acumula. Se da en situación y de momento en momento. Quien siente la falsedad de un ser, el carácter nefasto de una representación o las fuerzas que se mueven bajo el juego de las imágenes, les priva de toda influencia sobre él. La verdad es plena presencia con respecto a sí mismo y el mundo, contacto vital con lo real, percepción aguda de los datos de la existencia. En un mundo en el que todo el mundo actúa, en el que todo el mundo se pone en escena, en el que más se comunica cuanto menos se dice real-mente, la simple palabra «verdad» atemoriza, exaspera y provoca carcajadas. Todo lo que esta época contiene de sociable ha tomado la costumbre de apoyarse en las muletas de la mentira, hasta el punto de no poder ya abandonarlas. No hay que «proclamar la verdad». Predicar la verdad a quienes ni siquiera la soportarían en dosis ínfimas es solamente exponerse a su venganza. En lo que sigue nosotros no pretendemos en ningún caso decir «la verdad», sino la percepción que tenemos del mundo, aquello a lo que nos atenemos, lo que nos mantiene vivos y en pie. Hay que retorcerle el cuello al sentido común: las verdades son múltiples, pero la mentira es una, pues está universalmente coaligada contra más mínima verdad que salga a la superficie.

Nos protegen cada año de las mil amenazas que nos rodean: los terroristas, los disruptores endocrinos, los migrantes, el

fascismo, el paro. Así se perpetúa la imperturbable rutina de la normalidad capitalista: sobre el trasfondo de mil complots inconclusos, de cien catástrofes postergadas. Hay que reconocer al motín la virtud paradójica de liberarnos de la lívida ansiedad que, día tras día, intentan inocularnos a golpe de patrullas de militares armados, de breaking news y de anuncios gubernamentales. Es lo que no pueden comprender los amantes de esos cortejos fúnebres llama-dos «manifestaciones», todos esos que, delante de su copa de vino, gustan el goce amargo de ser siempre derrotados, todos esos que sueltan un flatulento «¡O si no, esto revienta!» antes de volver dócilmente a sus autocares. En los enfrentamientos callejeros, el enemigo tiene un rostro definido, ya vaya vestido de civil o con armadura. Tiene métodos ampliamente conocidos. Tiene un nombre y una función. No en vano es un «funcionario», como él mismo declara sobriamente. También el amigo tiene gestos, movimientos y una apariencia reconocibles. En el motín hay una incandescencia de la presencia con respecto a sí mismo y los otros, una fraternidad lúcida que la República es incapaz de suscitar. El motín organizado puede producir lo que esta sociedad es inepta para engendrar: vínculos vivos e irreversibles. Los que se quedan con las imágenes de violencia se pierden todo lo que se juega en el hecho de tomar juntos el riesgo de romper, de hacer pintadas, de enfrentarse a los polis. Nadie sale nunca indemne de su primer motín. Es esta positividad del

motín la que el espectador prefiere no ver y la que en el fondo lo aterra, mucho más que los destrozos, las cargas y las contra cargas. En el motín hay producción y afirmación de amistades, configuración franca del mundo, posibilidades nítidas de actuar, medios al que puede moverse en ella. Los riesgos están definidos, a diferencia de todos esos «riesgos» nebulosos que los gobernantes se complacen en hacer sobrevolar sobre nuestras existencias. El motín es deseable como momento de verdad. Es suspensión momentánea de la confusión: entre gases, las cosas curiosamente están claras y lo real se vuelve por fin legible. Difícil, entonces, no ver quién es quién. Hablando de la jornada insurreccional del 15 de julio de 1927 en Viena, durante la cual los proletarios quemaron el palacio de justicia, Elías Canetti decía: «Es lo más cerca que he estado de vivir una revolución. Varios centenares de páginas no bastarían para describir todo lo que vi». De aquí sacará la inspiración para su obra maestra Masa y poder. El motín es formador por lo que hace ver.

En la marina inglesa existía este viejo brindis: «Confussion to our enemies.». La confusión tiene un valor estratégico. No es casualidad. Dispersa las voluntades y les prohíbe reunirse de nuevo. Tiene el sabor a ceniza de la derrota aunque la batalla todavía no haya tenido lugar, y probablemente jamás lo tenga. Cada uno de los recientes atentados en Francia iba seguido así de una estela de confusión que venía

oportunamente a amplificar el discurso gubernamental al respecto. Quienes reivindican estos atentados, quienes llaman a la guerra contra quienes los reivindican, todos tienen interés en nuestra confusión. En cuanto a los que los ejecutan, son muy a menudo los hijos: los hijos de la confusión.

Este mundo que tanto parlotea no tiene nada que decir: está vacío de afirmación. Quizá ha creído volverse inatacable de este modo. Sobre todo, se ha puesto a merced de toda afirmación consecuente. Un mundo cuya positividad se levanta sobre tantos estragos bien merece que lo que en él se afirma de vivo adopte en primer lugar la forma del saqueo, de los destrozos, del motín. No dejarán de hacernos pasar por desesperados debido a que actuamos, construimos, atacamos sin esperanza. La esperanza: he aquí al menos una enfermedad con la que esta civilización no nos habrá infectado. Sin embargo, no estamos desesperados. Nadie jamás ha actuado por esperanza. La esperanza confabula con la espera, con el rechazo a ver lo que está ahí, con el temor a irrumpir en el presente, en dos palabras: con el temor a vivir. Esperar es declararse por adelantado sin influencia sobre aquello de lo que, no obstante, uno espera algo. Es mantenerse al margen del proceso para no tener que asumir su resultado. Es querer que las cosas sean de otra manera sin querer los medios para cambiarlas. Es una cobardía. Hay que saber a qué atenerse, y atenerse a ello. Aun a costa

de hacer enemigos. Aun a costa de hacer amigos. Desde el momento en que sabemos lo que queremos, ya no estamos solos, el mundo se repuebla. Por todos lados, aliados, proximidades y una gradación infinita de amistades posibles. Nada es cercano para el que flota. La esperanza, ese muy ligero pero constante impulso hacia el mañana que se nos comunica día tras día, es la mejor agente del mantenimiento del orden. Se nos informa cotidianamente de problemas contra los que no podemos hacer nada, pero para los que sin duda mañana habrá solución. Todo el asfixiante sentimiento de impotencia que esta organización social cultiva en cada uno de nosotros hasta donde alcanza la vista no es más que una inmensa pedagogía de la espera. Es una huida del ahora. E incluso si el ayer puede actuar sobre el ahora es porque el ayer mismo nunca ha sido sino un ahora. Como lo será el mañana. La única forma de comprender algo en pasado es comprender que también fue un ahora. Es sentir el débil soplo de aire en el que vivían los hombres de antaño. Si estamos tan inclinados a huir del ahora es porque es el lugar de la decisión. Es el lugar del «acepto» o del «rechazo». Es el lugar del «lo dejo pasar» o del «me lo tomo a pecho». Es el lugar del gesto lógico que sigue inmediatamente a la percepción. Es el presente y, en consecuencia, el lugar de la presencia. Es el instante, renovado sin cesar, de la toma de partido. Pensar en términos distantes siempre es más cómodo. «Al final», las cosas cambiarán; «al final», los seres serán transfigurados. Mientras

tanto, sigamos así, permanezcamos siendo lo que somos. Una mente que piensa en términos de futuro es incapaz de actuar en el presente. No busca la transformación: la evita. El desastre actual es como la acumulación monstruosa de todos los aplazamientos del pasado, a los cuales se añaden en un desmoronamiento permanente los de cada día y los de cada instante. Pero la vida se juega siempre ahora, y ahora, y ahora.

Todo el mundo ve claramente que esta civilización es como un tren que se dirige hacia el precipicio, y que acelera. Cuanto más acelera, más se escuchan los hurras histéricos de los borrachos del vagón-discoteca. Habría que aguzar el oído para percibir el rígido silencio de las mentes racionales que ya no comprenden nada, el silencio de los angustiados que se roen las uñas y el tono de falsa serenidad en las intermitentes exclamaciones de los que juegan a las cartas mientras esperan. Interiormente, mucha gente ha elegido saltar del tren, pero se mantiene en el estribo. Tantas cosas los apresan todavía. Se sienten retenidos porque han hecho la elección, pero la decisión les falta. Pues es la decisión la que traza en el presente el modo y la posibilidad de actuar, de dar un salto que no sea al vacío. Esta decisión es la decisión de desertar, de salirse de las filas, de organizarse, de hacer secesión, aunque sea imperceptiblemente, pero en cualquier caso, ahora.

La época es de los tenaces.



Tomado de
La teoría de la bolsa de la ficción
Ursula K. Le Guin

La teoría de la bolsa de la ficción

En las regiones templadas y tropicales donde, por lo que todo indica, los homínidos evolucionaron a seres humanos, el alimento principal de la especie era vegetal. Del sesenta y cinco al ochenta por ciento de lo que los seres humanos comían en aquellas regiones durante el Paleolítico, el Neolítico y el periodo prehistórico se recolectaba; solamente en el extremo Ártico la carne conformaba el alimento básico. Los cazadores de mamuts ocupan espectacularmente las paredes de las cavernas y de nuestras mentes, pero lo que realmente hicimos para mantenernos con vida y con la barriga llena fue recoger semillas, raíces, brotes, tallos, hojas, nueces, vainas, frutos y granos, añadiendo insectos y moluscos junto a la captura de aves, peces, ratones, conejos y otros pequeños animales inofensivos para aumentar la cantidad de proteína. Y ni siquiera tuvimos que trabajar mucho en ello, mucho menos que el campesinado esclavizado en las plantaciones de alguien después de que se inventara la agricultura, mucho menos que quienes lo hacen por un salario desde que se inventara la civilización. La persona prehistórica media podía llevar una buena vida trabajando alrededor de quince horas semanales.



Quince horas a la semana para la subsistencia deja mucho tiempo para otras cosas. Tanto tiempo que tal vez los inquietos que no tenían un bebé cerca para animar su vida, o habilidad para construir, cocinar o cantar, o pensamientos muy interesantes para ser pensados, decidieron escaparse y cazar mamuts. Los hábiles cazadores volverían entonces tambaleándose con un montón de carne, mucho marfil y un relato. No fue la carne lo que marcó la diferencia. Fue el relato.

Es difícil contar una historia realmente apasionante sobre cómo saqué una semilla de avena silvestre de su cáscara, y luego otra, y luego otra, y luego otra, y luego otra, y luego me rasqué las picaduras de mosquito, y Ool dijo algo gracioso, y fuimos al arroyo, y bebimos agua, y observamos los tritones por un tiempo, y después encontré otro grano de avena... No, no se puede comparar, ese relato no puede competir con la forma en que clavé mi lanza en aquel titánico tórax peludo mientras Oob, empalado por un enorme y arrollador colmillo, se retorció gritando, y la sangre brotaba por todas partes en torrentes carmesí, y Boob se hizo papilla al ser aplastado por el mamut que caía sobre él mientras yo disparaba mi infalible flecha, directamente, a través del ojo al cerebro.

Ese relato no sólo tiene Acción, sino que tiene un Héroe. Los héroes son poderosos. Antes de que te des cuenta, los hombres y

las mujeres en el campo de avena salvaje y sus hijos e hijas y las habilidades de quienes construyen y los pensamientos de quienes piensan y las canciones de quienes cantan forman parte de aquel relato, fueron puestos al servicio del cuento del Héroe. Pero este no es su relato. Es el de él.

Cuando estaba elaborando el libro que se convertiría en Tres Guineas, Virginia Woolf escribió en su cuaderno la palabra "Glosario"; ella había pensado en reinventar el inglés según un nuevo plan, con la intención de contar una historia diferente. Una de las entradas de este glosario es heroísmo, que aparece definido como "botulismo". Y héroe, en el diccionario de Woolf, es "botella". El héroe como botella, una revisión punzante. Ahora yo propongo la botella como héroe.

No sólo la botella de ginebra o vino, sino la botella en su sentido más ancestral y amplio de recipiente en general, una cosa que contiene otra cosa.

Si no tenés algo para ponerla dentro, la comida se te es-capará, incluso algo tan poco combativo y sin recursos como la avena. Ponés tantos granos como puedas en tu estómago mientras están a mano, siendo este el contenedor primario; pero ¿qué pasa mañana por la mañana cuando te despertás y hace frío y llueve?, ¿no sería genial tener un puñado de avena para masticar y dar a la pequeña Oom para hacerla

callar?, ¿cómo llevarías a casa algo más que el estómago lleno y un puñado de avena en las manos? Entonces te levantas y vas al maldito campo de avena encharcado de lluvia, y ¿no sería genial si tuvieras algo donde colocar al bebé Oo Oo y así poder recoger la avena con ambas manos? Una hoja una calabaza una concha una red una bolsa una bandolera un saco una botella un pote una caja un frasco. Un contenedor. Un recipiente.

El primer dispositivo cultural fue probablemente un recipiente... Muchos teóricos consideran que los primeros inventos culturales deben haber sido recipientes para guardar productos recolectados y algún tipo de bandolera o transportador en forma de red.

Así lo expresa Elizabeth Fisher en *Women's Creation* (McGraw-Hill, 1975). Pero no, esto no puede ser. ¿Dónde está esa cosa maravillosa, grande, larga y dura, un hueso, creo, con el que el hombre mono de la película golpea a alguien por primera vez y luego, gruñendo en éxtasis por haber perpetrado el primer asesinato propiamente dicho, lo arroja al cielo, donde girando se transforma en una nave espacial, penetra en el cosmos para fecundarlo y produce al final de la película un hermoso feto, un niño por supuesto, a la deriva por la Vía Láctea sin (curiosamente) ningún útero, ninguna matriz



en absoluto? No lo sé. Ni siquiera me importa. No estoy contando ese relato. Ya lo hemos oído, todos hemos oído todo sobre palos, lanzas y espadas, sobre las cosas para aplastar, pinchar y golpear, sobre las cosas largas y duras, pero no hemos oído nada sobre la cosa para poner cosas dentro, sobre el recipiente para la cosa recibida.

Esa es una nueva historia. Eso es noticia.

Y, sin embargo, antigua. Antes -si lo pensamos, seguramente mucho antes- que el arma, esa herramienta día, lujosa y superflua; mucho antes del útil cuchillo 1 hacha; junto con las indispensables guadaña, moro y pala -pues de qué sirve desenterrar un montón papas si no tenés nada para cargar, camino a casa, las e no podés comer- con o antes de la herramienta que pulsa la energía hacia afuera, hicimos la herramienta que trae la energía a casa. Tiene sentido para mí. Suscribo lo que Fisher llama La Teoría de la Bolsa de la evolución humana. Esta teoría no sólo explica grandes áreas de confusión córica y evita grandes áreas de absurdos teóricos (habita-das en gran parte por tigres, zorros y otros mamíferos altamente territoriales); también me enraiza, personalmente, en la cultura humana como nunca antes me había sentido enraizada. Mientras se explicó la cultura como si hubiera sido originada y elaborada a partir del uso de objetos largos y duros para pinchar, golpear y matar, yo nunca pensé que tuviera o quisiera tener ningún tipo

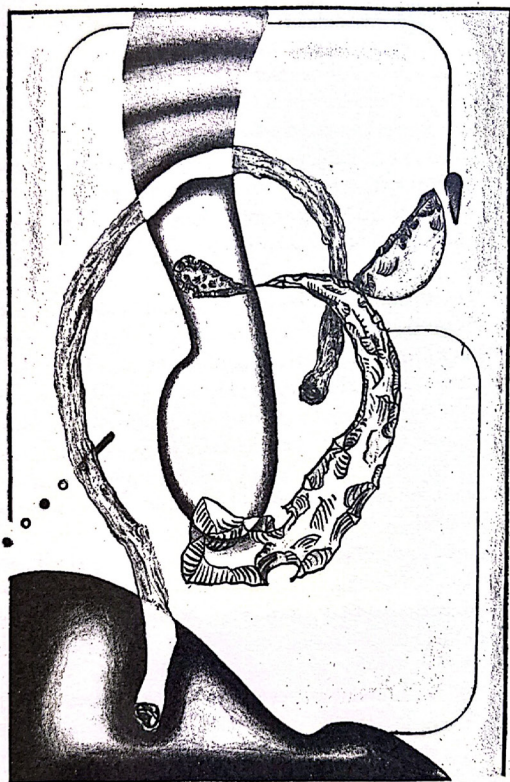
de participación en ella. ("Lo que Freud consideró erróneamente como la falta de civilización de la mujer es, en realidad, su falta de lealtad a la civilización", observó Lillian Smith). La sociedad, la civilización de la que hablaban estos teóricos, era evidentemente la suya; ellos la poseían, la adoraban; eran humanos, completamente humanos, golpeando, clavando, forzando y matando. Como quería ser humana también, busqué pruebas de que lo era; pero si eso significaba hacer un arma y usarla para matar, entonces, evidentemente, yo era extremadamente imperfecta como ser humano, o no lo era en absoluto.

Así es, dijeron ellos. Lo que sos es una mujer. Posiblemente no del todo humana, ciertamente imperfecta. Ahora cállate mientras seguimos contando la Historia del ascenso del Hombre, del Héroe.

Adelante, digo yo, vagando hacia la avena salvaje, con Oo Oo en el aguayo y el pequeño Oom cargando la cesta. Ustedes, sigan contando cómo el mamut cayó sobre Boob, y cómo Caín cayó sobre Abel, y cómo la bomba cayó sobre Nagasaki, y cómo la gelatina ardiente cayó sobre los aldeanos, y cómo los misiles cayeron sobre el Imperio del Mal y todos los demás pasos en la Ascensión del Hombre.

Si es algo humano poner algo que querés, porque es útil, comestible o hermoso, en una bolsa o una cesta, o en un cacho de corteza o envuelto en una hoja, o en una

red tejida con tu propio pelo, o con lo que tengas a mano, y luego llevártelo a casa, siendo el hogar otro tipo de bolsa o saco más grande -un contenedor para personas-, y luego, más tarde, sacarlo y comerlo o compartirlo o almacenarlo para el invierno en un contenedor más sólido o ponerlo en un atado' o en el altar o en el museo, en el lugar sagrado, en el espacio que contiene lo inviolable, y luego, al día siguiente, probablemente volver a hacer más de lo mismo; si hacer eso es humano, si eso es lo que se necesita, entonces soy un ser humano. Totalmente, libremente, alegremente por primera vez.



No, digámoslo de una vez por todas, un ser humano poco agresivo o poco combativo. Soy una mujer envejecida y enojada, imponiéndome con mi bolso, luchando contra los bandidos. Sin embargo, ni yo misma, ni nadie me considera heroica por hacer eso. Es sólo una de esas malditas cosas que tenés que hacer para poder seguir recogiendo avena salvaje y contando historias.

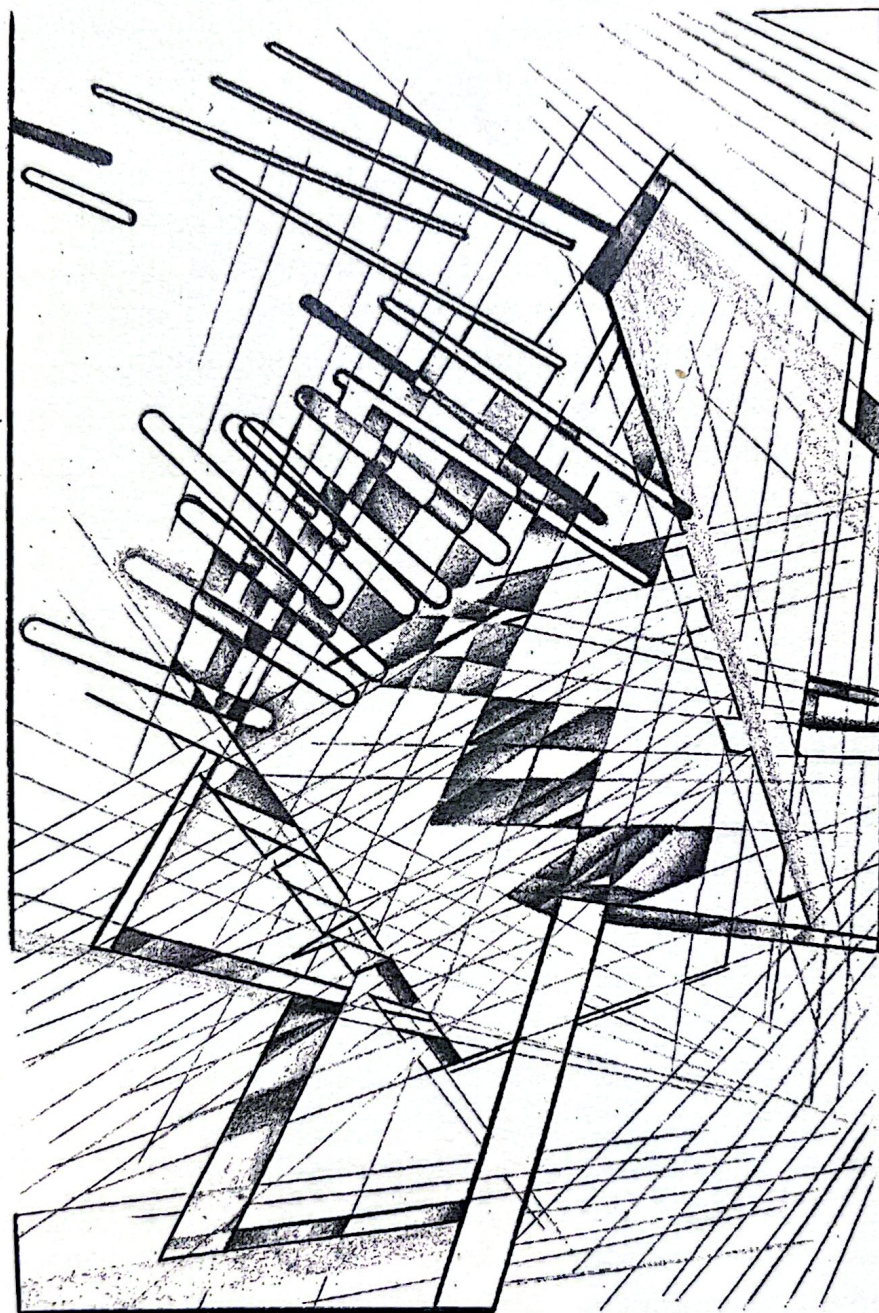
Es el relato lo que hace la diferencia. El relato que ocultó mi humanidad de mí misma, el relato que los cazadores de mamuts contaron sobre golpear, empujar, violar y matar; el relato que contaron sobre el Héroe. El maravilloso y venenoso relato del Botulismo. El relato del asesino.

A veces parece que ese relato se está aproximando a su final. Para evitar que no queden más historias que contar, algunas de nosotras aquí afuera, exiliadas, en medio de la avena salvaje, pensamos que sería mejor empezar a contar otra historia a la que, tal vez, las personas puedan dar continuidad cuando la vieja haya terminado. Tal vez. El problema es que todos nos hemos dejado convertir en parte del relato del asesino, y así puede ser que terminemos junto con él. Es por eso, que con cierto sentimiento de urgencia busco la naturaleza, el sujeto, las palabras del otro relato, la historia no contada, la historia de la vida.

1. En el original, medicine bundle, una colección de objetos sagrados y curativos (piedras, semillas, hierbas, plantas, pequeños huesos de animales) envueltos en cuero o tela que utilizan varios pueblos indígenas americanos. En América del Sur estos envoltorios son referidos como bultos o atados. [N. de E.]

Este no es familiar, no llega fácilmente a los labios, ni tampoco irreflexivamente como lo hace el relato del ase-sino; pero, aun así, "no contado" es una exageración. La gente ha estado contando la historia de la vida durante años, mediante todo tipo de palabras y maneras. Mitos de creación y transformación, relatos de pícaros, cuentos populares, chistes, novelas...

La novela es un tipo de relato fundamentalmente no heroico. Por supuesto el Héroe se ha apoderado de ella con frecuencia, siendo esa su naturaleza imperial y su impulso incontrollable, el de apoderarse de todo y dirigirlo mientras promulga decretos y leyes severas para controlar ese su impulso incontrollable de matar. Así, el Héroe decretó a través de sus portavoces, los legisladores, pri-mero, que la forma apropiada de la narración es la de la flecha o lanza, empieza aquí, va directamente allá y ¡TAC! da en el blanco (que cae muerto); segundo, que la preocupación central de la narración, incluida la novela, es el conflicto; y tercero, que la historia no es buena si él, el héroe, no está en ella.



Estoy en desacuerdo con todo esto. Personalmente iría aún más lejos y diría que la forma natural, adecuada y apropiada de la novela puede ser la de un saco, una bolsa. Un libro guarda palabras. Las palabras guardan cosas. Portan significados. Una novela es un atado que mantiene las cosas en una relación particular y poderosa las unas con las otras y con nosotras. Una relación entre los elementos de la novela puede ser la del conflicto, pero la reducción de la narrativa al con-ficto es absurda. (Leí un manual de escritura que decía: "Una historia debe ser vista como una batalla" y hablaba de estrategias, ataques, victorias, etc.). Conflicto, competencia, estrés, lucha, etc., dentro de la narrativa concebida como bolsa/barriga/caja/casa/atado pueden considerarse elementos necesarios de un todo que, en sí mismo, no se puede caracterizar ni como conflicto ni como armonía, ya que su propósito no es ni el de la resolución ni el del éxtasis, sino el del proceso continuo.

Por último, está claro que el Héroe no encaja bien en esta bolsa. Necesita un escenario o un pedestal o un pináculo. Lo pones en una bolsa y se lo ve como un conejo o como una papa. Por eso me gustan las novelas: en lugar de héroes tienen personas en ellas.

Así que, cuando comencé a escribir novelas de ciencia ficción, lo hice cargando con ese ca esas saco de cosas; mi bolsa llena de personas lloronas y torpes, y

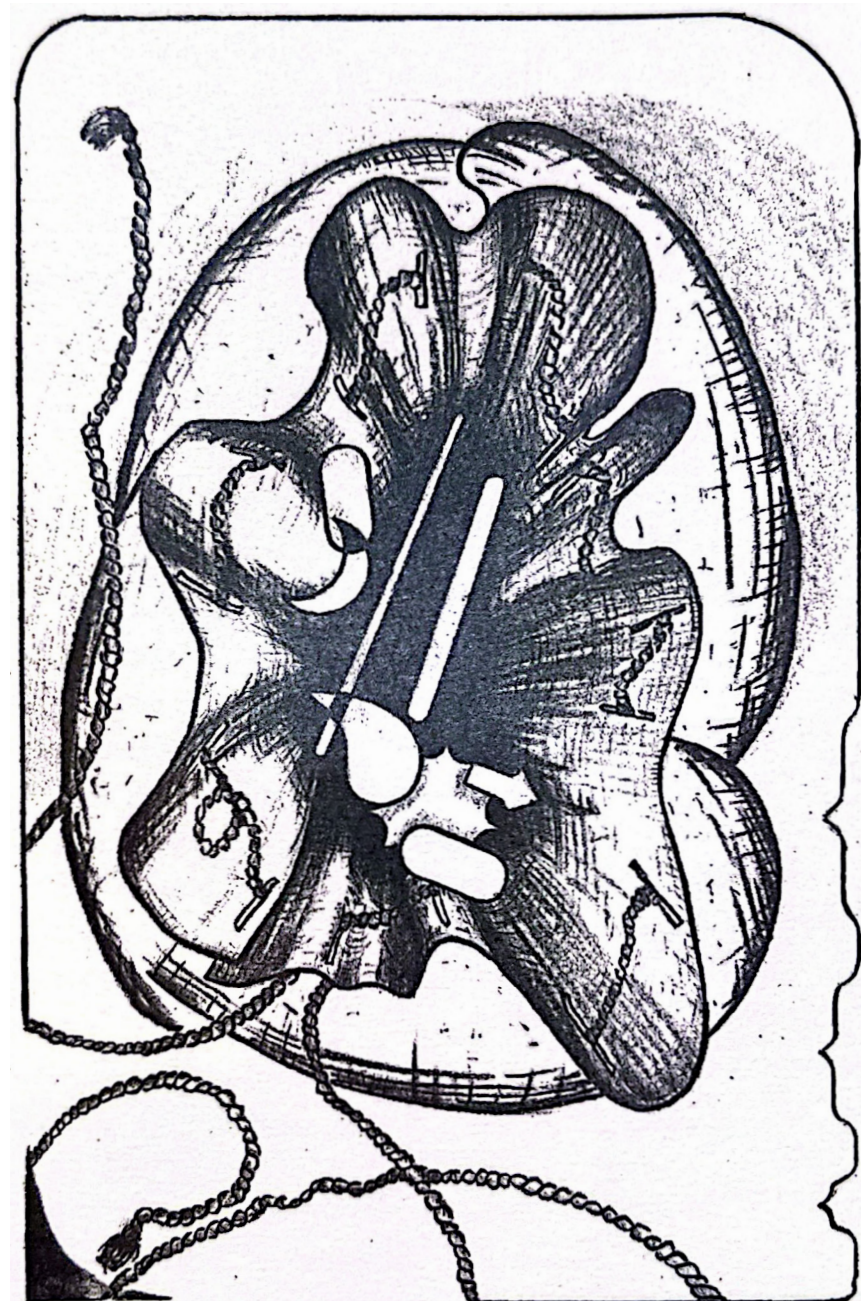
pequeños granos de cosas más pequeñas que una semilla de mostaza, y redes intrincadamente tejidas que cuando se desatan laboriosamente se ve que contienen un guijarro azul, un cronómetro que funcionando imperturbable cuenta el tiempo de otro mundo, y el cráneo de un ratón. Mi bolsa llena de comienzos sin fin, de iniciaciones, de pérdidas, de transformaciones y traducciones, muchos más trucos que conflictos, muchos menos triunfos que trampas y delirios; llena de naves espaciales que se atascan, misiones que fracasan y personas que no entienden. Dije que era difícil hacer un relato apasionante de cómo sacamos la avena salvaje de sus cáscaras, no dije que fuera imposible. ¿Quién dijo que escribir una novela era fácil?

Si la ciencia ficción es la mitología de la tecnología moderna, entonces su mito es trágico. La "tecnología" o "ciencia moderna" (usando estos términos, como se suelen emplear, o sea, en una abreviatura sin revisar que sitúa las ciencias "duras" y la alta tecnología como fundadas en el crecimiento económico continuo) es una empresa heroica, hercúlea, prometeica, concebida como un triunfo, y por lo tanto, en última instancia, como una tragedia. La ficción que encarna este mito será, y ha sido, triunfante (El Hombre conquista la Tierra, el espacio, los extraterrestres, la muerte, el futuro, etc.) y trágica (apocalipsis, holocausto, entonces o ahora).

Sin embargo, si se evita el modo tecno-heroico lineal, progresivo, de la flecha (asesina) del tiempo y se redefinen la tecnología y la ciencia como una bolsa de cultura en lugar de un arma de dominación, un efecto secundario agradable es que la ciencia ficción puede verse como un campo mucho menos rígido y estrecho, no necesariamente prometeico o apocalíptico y de hecho un género menos mitológico que realista.

Es un realismo extraño, pero la realidad es extraña.

La ciencia ficción correctamente concebida, como toda ficción seria, por muy graciosa que sea, es una forma de intentar describir lo que de hecho está sucediendo, lo que la gente hace y siente, cómo la gente se relaciona con todo lo demás en este vasto saco, en este vientre del universo, en este útero de cosas por ser y en esta tumba de cosas que ya fueron, en este relato sin final. En ella, como en toda ficción, hay espacio suficiente para mantener incluso al Hombre en donde él pertenece, en su lugar en el esquema de las cosas; hay tiempo suficiente para recoger mucha avena silvestre y sembrarla también, y cantar-le al pequeño Oom, y escuchar la broma de Ool, y mirar tritones, y aun así el relato no habrá terminado. Todavía hay semillas que recoger y espacio en la bolsa de las estrellas.



Tomado del libro

Políticas de la enemistad

Achille Mbembe

CONCLUSIÓN

La ética del pasante

El siglo XXI se abre sobre un reconocimiento, el de la extrema fragilidad de todos. Y del Todo. Comenzando por la idea del «Todo Mundo», de la cual, recientemente, Édouard Glissant se había convertido en el poeta.

La condición terrestre nunca fue el atributo único de los humanos.

Mañana lo será mucho menos todavía que ayer. En adelante, no habrá potencia sino fisurada, dividida entre varios núcleos. Esta fisión de la potencia ¿representa una posibilidad para la experiencia humana de la libertad?, ¿o nos conducirá más bien al límite de la disyunción?

Ante la prueba de la extrema vulnerabilidad, muchos son tentados por la repetición de lo originario y otros atraídos por el vacío. Unos y otros creen que el reengendramiento pasará por la radicalización de la diferencia y la salvación por la fuerza de la destrucción.

Creen que preservar, conservar y salvaguardar es en adelante el horizonte, la condición misma del existir, en el momento en que todo, una vez más, se regula por la espada. Ni lo político mismo deja de estar amenazado de abolición.

Las democracias, por su parte, no dejan de agotarse y de cambiar de régimen. No teniendo ya por objeto más que fantasmas y accidentes, se han vuelto imprevisibles y paranoicas, potencias anárquicas sin símbolos, sin significación ni destino. Privadas de justificaciones, no les queda más que el adorno.

En adelante, nada es inviolable; nada es inalienable y nada es imprescriptible. Salvo, tal vez —y todavía—, la propiedad. En estas condiciones, podría ser que, en el fondo, uno no sea ciudadano de ningún Estado en particular.

Los países que nos vieron nacer los llevamos muy en el fondo de nosotros; sus caras, sus paisajes, sus multiplicidades caóticas, sus ríos y sus montañas, sus bosques, sus sabanas, las estaciones, los cantos de los pájaros, los insectos, el aire, el sudor y la humedad, el fango, el ruido de las ciudades, la risa, el desorden y la indisciplina. Y la necesidad.

Pero, a medida que avanzamos, esos países también se nos vuelven ajenos y, en adelante, a veces ocurre que los miramos a contraluz.

Sin embargo, algunos días, uno se encuentra cantando su nombre en silencio, queriendo recorrer otra vez los senderos de nuestras infancias, en esas comarcas que nos vieron nacer y de las que hemos terminado por alejarnos sin haber podido olvidarlas jamás,

sin haber podido desprendernos de ellas de una buena vez, sin que jamás hayan dejado de causarnos preocupaciones. Eso le pasó a Fanon quien, en plena guerra de Argelia, se acuerda de Martinica, su isla natal.

Esa evocación que es al mismo tiempo una toma de distancia, ese auto despojamiento, ¿sería entonces el costo para vivir y pensar libremente, es decir, a partir de cierto desenlace, de cierto desapego, en la posición de aquel que no tiene nada que perder puesto que, en cierta medida, desde el comienzo renunció a poseer cualquier cosa para sí, o incluso ya perdió todo o casi todo?

Pero ¿por qué sería necesario que una relación tan estrecha deba unir de esta manera la libertad, la capacidad de pensar y la renuncia a toda forma de posesión, la pérdida y, por lo tanto, cierta idea del cálculo y de la gratuidad?

En cuanto a perder todo o casi todo —mejor, en cuanto a desprenderse de todo o a renunciar a todo o casi todo—, ¿es ésa la condición para ganar en serenidad en este mundo y en esta era de turbulencia, donde a menudo lo que uno tiene casi no vale lo que uno es, y lo que uno gana no mantiene sino una relación lejana con lo que uno pierde?

Por otra parte, desprenderse de todo o casi todo, renunciar a todo o casi todo, ¿significa que en adelante uno es de «nin-

guna parte», que ya no responde de nada y de ningún nombre?

Y además, por lo tanto, ¿qué es la libertad si realmente no puede romper con ese accidente que es el hecho de haber nacido en alguna parte, la relación de carne y hueso, la doble ley del suelo y de la sangre?

¿Cómo es posible que ese accidente rubrique de manera tan irrevocable quiénes somos, cómo somos percibidos y por quién nos toman los otros? ¿Por qué determina de manera tan decisiva aquello a lo cual tenemos derecho, y el resto, la suma de pruebas, documentos y justificaciones que cada vez debemos suministrar para tener la esperanza de tener cualquier cosa, comenzando por el derecho de existir, el derecho de estar ahí donde la vida finalmente nos condujo, pasando por el de circular libremente?

Atravesar el mundo, tomar la medida del accidente que representa nuestro lugar de nacimiento y su peso de arbitrariedad y de coerción, abarcar el irreversible flujo que es el tiempo de la vida y de la existencia, aprender a asumir nuestro estatuto de pasante en cuanto esto es quizá la condición en última instancia de nuestra humanidad, el cimiento a partir del cual creamos la cultura; tales son quizá, finalmente, las cuestiones más intratables de nuestra época, aquellas que nos habrá legado Fanon en su farmacia, la farmacia del pasante.

De hecho, pocos términos están tan repletos de significaciones como el de «pasante».¹

Y, ante todo, esa palabra encierra varias otras, comenzando por «pas», a la vez instancia negativa (lo que no es o todavía no existe, o no existe sino por su ausencia) y ritmo, cadencia, hasta velocidad, a lo largo de una carrera o de una caminata, de un desplazamiento, lo que es (tá en) movimiento. Luego está, como al revés, «pasado», el pasado no como huella de lo que ya ocurrió, sino el pasado en vías de acaecer, tal como se puede captar ahí, en el momento de la efracción, en el acto mismo por el cual acaece, en el instante mismo en que, surgiendo como por la hendidura, se esfuerza por nacer al acontecimiento, de volverse acontecimiento.

Después está «el que pasa», esa figura de «otra parte» puesto que el que pasa no pasa sino porque, precisamente, al venir de otro lugar, está en ruta hacia otros cielos. Está de «pasada» y, por lo tanto, nos exhorta a recibirlo, por lo menos de momento.

También está «pasador», y todavía más «pasaje» y «pasajero».

1. N. del T.: en el original *passant*, que también significa «caminante» y «transeúnte», y que contiene las palabras *pas* (la negación, y también el «paso»), el *passé*, «pasado», el *passeur*, *passage*, y *passager*, «pasador», «pasaje» o «pasada» y «pasajero», según va enumerando el autor en los siguientes párrafos.

En consecuencia, ¿sería todo eso a la vez el pasante, el vehículo, el puente o la pasarela, las tablazones que recubren la hilera de los barrotes en un bajel, aquel que, teniendo sus raíces en otra parte, está de paso en alguna parte donde reside temporalmente, sin perjuicio de volver a su lugar llegado el momento? ¿Qué ocurriría, sin embargo, si no volviera y si, por ventura, prosiguiera su ruta, yendo de un lugar a otro, volviendo sobre sus pasos en caso de necesidad, pero siempre en la periferia de su lugar natal, sin por ello reivindicarse como «refugiado» o «migrante», y mucho menos como «ciudadano» o «autóctono», el hombre de raza?

Al evocar acerca de nuestra época la figura del pasante, la índole fugitiva de la vida, no hacemos el elogio ni del exilio y el refugio, ni de la fuga, ni del nomadismo.

Tampoco celebramos un mundo bohemio y sin raíces.

En las condiciones actuales, un mundo semejante simplemente no existe. En cambio, tratamos de convocar, como intentamos hacerlo a lo largo de este ensayo, la figura de un hombre que se esforzó por recorrer un camino escarpado, que se fue, abandonó su país, vivió en otra parte, en el extranjero, en lugares que convirtió en una auténtica morada, uniendo al hacerlo su suerte con la de aquellos que lo acogieron y reconocieron en su rostro el suyo propio, el de una humanidad venidera.

Devenir-hombre-en-el-mundo no es ni una cuestión de nacimiento ni una cuestión de origen o de raza. Es un asunto de trayecto, de circulación y de transfiguración. El proyecto de transfiguración exige del sujeto que abrace conscientemente la parte fragmentada de su propia vida; que se obligue a desvíos y acercamientos a veces improbables; que opere en los intersticios si se empeña en dar una expresión común a cosas que, por lo general, disociamos. Fannon se deslizó en cada uno de esos lugares no sin una reserva de distancia y de asombro con el objeto de asumir plenamente la cartografía inestable y movable en la cual se encontró. El llamaba «lugar» a toda experiencia de encuentro con los otros que abriese el camino a la toma de conciencia de sí no necesariamente como individuo singular, sino en cuanto fragmento seminal de una humanidad más amplia, enfrentada con la fatalidad de un tiempo que no se detiene jamás, cuyo atributo principal es fluir: el pasaje por excelencia.

Pero no es muy posible habitar un lugar sin dejarse habitar por éste.

Habitar un lugar, sin embargo, no es la misma cosa que pertenecer a ese lugar. El nacimiento en su país de origen depende de un accidente que, sin embargo, no libera al sujeto de ninguna responsabilidad.

Por lo demás, el nacimiento en cuanto tal no encubre ningún secreto. Todo cuanto ofrece es la ficción de un mundo que ha pa-

sado a pesar de todas nuestras tentativas de vincularlo con todo cuanto veneramos: la costumbre, la cultura, la tradición, los rituales, el conjunto de las máscaras con que cada uno estamos ataviados.

En su punto límite, no pertenecer propiamente a ningún lugar es lo «propio del hombre», puesto que este último, un compuesto de otros seres vivientes y de otras especies, pertenece a todos los lugares juntos.

Por lo tanto, aprender a pasar constantemente de un lugar a otro debería ser su proyecto porque, en todos los casos, tal es su destino.

Pero pasar de un lugar a otro es también tejer con cada uno de ellos una doble relación de solidaridad y de desconexión. A esa experiencia de presencia y de distancia, de solidaridad y de desconexión, pero nunca de indiferencia, la podemos llamar «la ética del pasante».

Es una ética que dice que sólo apartándose de un lugar es posible nombrarlo mejor y habitarlo mejor.

Poder residir y circular libremente ¿no constituyen condiciones sine qua non de compartir el mundo, o incluso de lo que Édouard Glissant había llamado la «relación mundial»? ¿A qué podría parecerse la persona humana más allá del accidente del nacimiento, de la nacionalidad y de la ciudadanía?

Hubiéramos querido responder de manera exhaustiva a todos esos interrogantes. Que sea suficiente con observar que el pensamiento que viene, por necesidad, será un pensamiento del pasaje, de la travesía y de la circulación. Será un pensamiento de la vida que fluye; de la vida que pasa y que nos esforzamos por traducir en acontecimiento. Será un pensamiento no del exceso, sino del excedente, es decir, de lo que, por carecer de precio, debe escapar al sacrificio, al derroche y a la pérdida.

Para articular semejante pensamiento, todavía será necesario reconocer que Europa, que tanto dio al mundo y que tanto tomó a cambio, y a menudo por la fuerza y la astucia, no es ya su centro de gravedad. Ya no se trata de ir a buscar allá las soluciones a las cuestiones que aquí nos plantea. Ya no es la farmacia del mundo.

Pero decir que ya no es el centro de gravedad del mundo ¿significa que el archivo europeo está agotado? Por lo demás, ese archivo ¿no fue jamás otra cosa que el producto de una historia particular? Al haberse confundido la historia de Europa durante varios siglos con la historia del mundo, y al haberse a cambio confundido la historia del mundo con la de Europa, ¿no resulta de esto que ese archivo no pertenece solamente a Europa?

Como el mundo ya no tiene una farmacia única, verdaderamente se trata, si se quiere escapar a la relación sin deseo y al pe-

ligro de la sociedad de la enemistad, de habitar todos esos haces. Partiendo de una multiplicidad de lugares, luego se trata de atravesarlos de manera tan responsable como sea posible, como los derechohabientes que todos somos, pero en una relación total de libertad y, allí donde es preciso, de desconexión. En ese proceso que implica una traducción, pero también un conflicto y mal-entendidos, algunas cuestiones se disolverán por sí mismas. Emergerán entonces, en una relativa claridad, exigencias, si no de una posible universalidad, por lo menos de una idea de la Tierra como lo que nos es común, nuestra común condición. Tal es una de las razones por las cuales es casi imposible salir indemne de una lectura de Frantz Fanon. Es difícil leerlo sin verse interpelado por su voz, por su escritura, su ritmo, su lengua, sus sonoridades y sus resonancias vocales, sus espasmos, sus contracciones y, sobre todo, su hálito.

En la era de la Tierra, en efecto, tendremos necesidad de una lengua que constantemente horade, perfore y cave como una barrena, sepa volverse proyectil, una suerte de pleno absoluto, de voluntad que, incesantemente, taladre lo real. Su función no será solamente hacer saltar cerrojos, sino también salvar la vida del desastre que acecha.

Cada uno de los fragmentos de esa lengua terrestre será arraigado en las paradojas del cuerpo, de la carne, de la piel y de

los nervios. Para escapar a la amenaza de fijación, de encierro y de estrangulamiento, y a la amenaza de disociación y de mutilación, la lengua y la escritura deberán incesantemente proyectarse hacia el infinito del afuera, erguirse para aflojar el torno que amenaza con sofocar a la persona sometida y a su cuerpo de músculos, de pulmones, de corazón, de cuello, de hígado y de bazo, el cuerpo deshonrado, hecho de múltiples incisiones, cuerpo divisible, dividido, en lucha contra sí mismo, hecho de varios cuerpos que se enfrentan en el seno de un mismo cuerpo, por un lado, el cuerpo del odio, espantoso fardo, falso cuerpo de abyección aplastado de indignidad, y, por el otro, el cuerpo originario, pero sustraído por otro y luego desfigurado y abominado, que literalmente se trata de resucitar, en un acto de génesis verdadera.

Devuelto a la vida y por esa razón diferente del cuerpo caído de la existencia colonizada, ese cuerpo nuevo será invitado a volverse miembro de una comunidad nueva. Desplegándose según su propio plan, caminará en adelante con otros cuerpos y, al hacerlo, recreará el mundo.

Por eso, con Fanon, nos dirigiremos a él en esta última súplica: «¡Oh, cuerpo mío, haz siempre de mí un hombre que interroga!»²

2. Fanon, F., *Peau noire, masque blanc*, op. cit., pág. 251.



Este fanzine fue diagramado, impreso y armado en Inykywe durante una tarde de sol el 13 de agosto de 2026. Hecho con amor para los integrantes de la *Escuela Rural de artistas El Torbellino*.

Hace parte del proyecto de Escuela Itinerante de Artes Plásticas y Visuales del Ministerio de las Culturas las Artes y los Saberes.

La selección de las lecturas estuvo a cargo de Victor Alabarracín quien insiste en la importancia de la defensa territorial para preservar la vida en un tiempo signado por la muerte.

“Solo sobreviviremos juntxs”



Abraza el error



